

# PUTOJO

Ése no era mi nombre. He olvidado mi nombre. Carlos, o algo así. No significa nada. Burbujita era más significativo. Un buen nombre para un payaso, el nombre perfecto para la humillación. Que era cada fin de semana, desde que completamente caracterizado esperaba el autobús en la esquina, donde ya algunos me aventaban mierda de perro, o piedras.

Nada, sin embargo, como las fiestas de cumpleaños, donde acababa con el disfraz empapado de babas, orines y escupitajos de niños y adultos. Todo por unos pesos y el goce de una cerveza tibia y media rebanada de pastel que siempre sabía a cartón. Y volver a casa, entre más risas y burlas de transeúntes y pasajeros.

Hasta aquella fiesta en que los propios niños me aventaron la mesa de regalos encima, y luego los adultos me molieron a patadas porque según el padre del cumpleaños, mis ojos habían visto con deseo a su esposa. Inútil hubiese sido explicar que estos ojos habían visto a la madre de la criatura, en el baño de visitas, de rodillas y golosamente lamiendo al que luego resultó ser uno de sus cuñados.

Había iniciado el camino a casa, pero volví sobre mis pasos, me colé por la cocina, tomé un par de cuchillos y me puse a trabajar.

Un autobús me llevó a la carretera, y un camión de carga me llevó unos kilómetros más adentro, por caminos secundarios. El chofer guardó silencio. ¿Quién puede interpelar a un payaso ensangrentado, quien sonrío y carga una bolsa a cuyo contenido le habla con susurrados insultos?

En mi refugio del bosque, me he deshecho del disfraz de Burbujita. En una piedra he alineado los ojos de los niños, al centro los del cumpleaños. Arriba, en otra piedra, los ojos de los adultos. He combinado los colores. ¿Por qué deben todos tener ambos ojos del mismo color, si puedo mezclar negros con verdes, azules con ambarinos?

Me he quedado con los ojos de la mamá en la mano. Desnudo, abro mi palma y los miro. Lascivos, feroces, perfectos. Y ya sólo están para mi. Putojo, payaso.

**Gerardo Cárdenas**